



La Academia Nacional de Medicina lo recibió como Miembro Titular en 1937; la Sociedad de Pediatría lo contó varias veces en su presidencia y muchas en su cuerpo directivo y las sociedades de Pediatría del Uruguay y de Chile como su miembro de Honor; en los congresos de Pediatría y Puericultura fué miembro relator. Sus trabajos monográficos pasan del centenar y abarcan todos los temas de la puericultura y de la medicina infantil, así como sus cursos que pasaron de treinta. Pero esta enumeración no traduce lo que era la realidad de su figura pediátrica; su sabiduría estaba hecha de una decantada y numerosa experiencia; en las reuniones técnicas siempre su palabra traía el aporte de un caso ilustrativo, de una valoración práctica, de un hecho vivido; la medicina infantil estaba en él como una realidad natural y nadie como él sabía despojarla de todo aparato retórico y de toda erudición inútil para exponerla en palabras simples, directas y cargadas de sentido; su discurso desconcertaba al principio en mor de una extrema sencillez pero a poco de gustado se adivinaba la veta de saber real que corría por su trasfondo. La gran obra de Elizalde fué la Casa de Expósitos a la que ingresó como médico de sala en 1918 y de la que llegó a ser el indiscutido director; dió a ese hospital la categoría de un centro de estudio y asistencia del lactante de primer orden y formó en él una escuela de pediatría que integró uno de los núcleos más valiosos de la medicina nacional, Cervini, Béranger, Bogani, Zucal, Felipe de Elizalde, Waissmann, son entre otras, figuras que se formaron y surgieron bajo la acción magistral de Elizalde y su hospital; los más importantes temas de la pediatría —alimentación, tuberculosis del lactante, metabolismo mineral— fueron enfocados y planteados allí; la Casa de Expósitos se convirtió así en uno de los más importantes centros de medicina infantil del país y sin duda el más importante en lo referente al lactante; al terminar Elizalde su mandato como director, el P. E. de la Nación no renovó el nombramiento por lo que él se acogió a los beneficios de la jubilación; en mayo de 1946 fué designado Director Honorario, cuando todavía había mucho que esperar de su lúcida actividad y de su vasta experiencia. Nunca dejó de asistir al hospital y pocos, contados días antes de su fallecimiento, se le vió observar atentamente una autopsia de un caso interesante. En la Casa de Expósitos, Elizalde fué un maestro, un organizador, un animador y un realizador, cuanto en el futuro acaezca en la actual Casa Cuna sólo puede ser el cumplimiento o la omisión del impulso al mismo tiempo enérgico y minucioso dado por Elizalde. Dentro de la Sociedad de Beneficencia, el Dr. Elizalde fué hombre de opinión, llegando a presidir su Consejo Médico en 1945.

Por sobre su labor académica, docente y hospitalaria Elizalde fué sobre todo un médico esencial e impregnado del mejor espíritu de la profesión; su asistencia al enfermo significaba la total entrega de su persona humana, su paciencia frente a las madres era inagotable; despojado

Prof. Dr. PEDRO DE ELIZALDE

5

de toda apariencia técnica, elegía con naturalidad las palabras más sencillas y penetrantes para tomar contacto con el problema humano de la familia; no se sentía médico, *era* médico por fácil plenitud humana, por ejercicio de su condición de hombre caballeresco y señorial en la mayor simplicidad y en la más discreta presencia. Pocos minutos antes de morir atendía por teléfono al requerimiento del padre de un enfermito, a quien había visto en consulta a pesar de que últimamente su salud era precaria y sus fuerzas escasas. Una semana antes de su fallecimiento y en ocasión del Año Nuevo, tuvo placer en aconsejar a uno de sus más próximos discípulos sobre el ejercicio de la medicina, por la medicina misma despojada de toda implicancia que no sea la de su íntima esencia. Tal vez esa fuera la más poderosa y noble determinante de la tesitura moral del Maestro desaparecido. En lo personal fué Elizalde un gran señor, afable y natural; rico de lecturas generales, no gustaba mostrar su erudición, pero celebraba sin retaceos toda prueba de ingenio o de fineza intelectual; de una gran probidad intelectual y personal guardó siempre una intachable línea de conducta; el contacto con él era siempre reconfortador y ejemplarizante. La evocación de su figura seguirá ejerciendo en nuestro medio médico una docencia ennobecedora y necesaria.

En ocasión del sepelio de sus restos se pronunciaron los dos discursos que transcribimos a continuación con el más alto homenaje de los "Archivos Argentinos de Pediatría".

## DISCURSO DEL DR. GARRAHAN

El Dr. Pedro de Elizalde fué figura descollante de la medicina argentina. Su actuación múltiple, y siempre inteligente, equilibrada y profícua, dió sobrados méritos para ocupar un sitial de nuestra Academia Nacional de Medicina.

Muy sensible vacío ha de quedar en ésta desde hoy, con la desaparición de Pedro de Elizalde; y muy doloroso sentimiento de pesar ha de perdurar en los miembros de la ya legendaria Institución, que me ha conferido la misión penosa de representarla en este acto.

En mi condición de profesor titular de Clínica Pediátrica y Puericultura he de cumplir a la vez, el mandato de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, que me ha encomendado exprese su congoja por la muerte de quien fué durante largos años ilustre profesor de la Escuela de Medicina.

Formóse Elizalde a comienzos de este siglo, en la escuela de Wernicke, que en aquellos tiempos congregaba a los jóvenes estudiosos ávidos de perfeccionamiento, ansiosos de algo más que el libro de consulta y la sala de hospital. Aprendió entonces, de aquel eminente y severo profesor germano, trabajando en el laboratorio, la disciplina de la observación desapasionada y el empleo de la crítica rigurosa. Tal basamiento inicial, conformó definitivamente su mentalidad de estudioso y de investigador, con ulterior beneficio para sus discípulos, educados así, en el saber dudar, y en la prudencia de los juicios. Sin desmedro para su actividad de médico, lo atrajo la microscopía y la anatomía patológica y en especial la hematología, con lo cual

conservó una modalidad médica que le permitió sobrepasar a muchos de sus contemporáneos, formados en la vieja escuela puramente clínica.

El laboratorio, de su atracción, no empequeñeció su espíritu de médico-clínico. Sin desconocer —aún en años recientes— los nuevos recursos de diagnóstico y tratamiento, que sabía valorar y comprender, le oímos siempre expresarse sabiamente, sobre la importancia primordial de la observación del enfermo y de la síntesis clínica. Bien se había proyectado en él, la modalidad de Angel M. Centeno, su maestro, de quien fuera discípulo dilecto.

Fué gran clínico y a la vez gran médico. Hemos sido testigos de su actuación como médico de familia. Lo hemos visto llegar sonriente, afable, con naturalidad, al cuarto del pequeño enfermo. Su ciencia muy vasta y muy profunda, no asomaba en su porte ni en su palabra. Bondadoso, sencillo, comprensivo, suave con el niño, habilísimo para conquistarlo, artista en el difícil examen del chico inquieto y rebelde. Siempre sereno, nunca un gesto duro, o una impaciencia, una expresión de fastidio. Y para la madre, y para quienes rodeaban al niño, muy pocas palabras difíciles, muchas en cambio, simples y claras, oportunas, alentadoras; las palabras que pronuncia el médico que sabe de sentimientos, que ha captado, no obstante su amor por la ciencia y sus justas veleidades de competencia y preparación, aquello del "humilde oficio, noble misión" y en consecuencia sabe bien, que la grandeza del médico que llega a a intimidad de las casas, es realmente auténtica cuando no sólo se funda en la eficiencia técnica sino también en la delicada comprensión psicológica y humana. Tal grandeza tuvo Elizalde como médico, como gran médico de niños que fué, cuya abnegación lo impulsó a los demás, aún hace pocos días, cuando sus fuerzas habían decaído mucho.

Ha de llorárselo hoy en muchos hogares porteños.

Esas cualidades del profesor Elizalde en la profesión, se asociaban a sus condiciones personales relevantes: su inmaculada probidad, su dedicación como esposo y padre al distinguido hogar que formara —afianzado en la práctica de las virtudes cristianas— su natural afectuoso para cuantos lo rodearan; prendas todas con las que honró su tradicional apellido.

La obra médicosocial, científica y docente de Pedro de Elizalde es muy vasta y valiosa. Fué Director de la Casa Cuna, profesor extraordinario de Clínica Pediátrica, profesor titular de Puericultura primera infancia, dos veces ocupó la presidencia de la Sociedad Argentina de Pediatría, —a la cual también represento en este acto, como presidente de la misma— miembro honorario de numerosas sociedades científicas del país y del extranjero, autor de múltiples trabajos científicos. En todas sus obras se trasunta la calidad de un espíritu cultivado —que aunaba a sus conocimientos médicos, cultura general— y siempre, la conciencia y el rigor crítico de la hombría de bien y de la honestidad intelectual. Sus escritos se caracterizaron por la claridad y el buen gusto. En su actuación docente siempre se advirtió el empeño en enseñar lo verdadero y útil; formó prestigiosa escuela, que ha de perpetuar sus enseñanzas.

Actuando como director, como jefe o como jurado reveló invariablemente una rectitud inflexible. Era entonces, solamente entonces, que podía advertirse en él, inmodificado gesto firme, revelador de un espíritu de justicia impersonal y decidido.

En la convivencia con los demás fué siempre sereno, tolerante y respetuoso, enemigo de la discusión y del encono: sus comentarios desfavorables o condenatorios eran breves, tranquilos, bajando la voz, como para no las-

Prof. Dr. PEDRO DE ELIZALDE

7

timar. Porque nunca lastimó a nadie, este hombre justo, con señorío de corrección que demostró en el transcurrir de su vida, que el carácter, el carácter firme, más que en aparatosas actitudes apasionadas, se demuestra en el logro del noble equilibrio que dan la bondad y la altura moral.

Deploramos esta muerte, que significa irreparable pérdida para la medicina de nuestro país, para nuestra pediatría especialmente; y que nos privará, en este mundo, del bienhechor y estimulante intercambio con un espíritu elevado cual fué el del Maestro Elizalde.

#### DISCURSO DEL DR. BERANGER

En nombre de los médicos de la Casa Cuna y como discípulo, despidó los restos mortales de nuestro querido ex-director y maestro venerado. Su muerte nos acongoja porque nos priva de un ser entrañablemente querido.

Señores: Pedro de Elizalde fué médico en el más amplio sentido del vocablo y fué un verdadero maestro. No le faltó nada para serlo. A su ilustre estirpe se sumaron virtudes excepcionales para plasmar su tan recia personalidad científica y moral; por ello conquistó el respeto, la admiración y el profundo cariño de cuantos le conocieron, y, más aún, de los que tuvieron el privilegio de gozar de su leal amistad y de su sabia enseñanza.

Modesto, bondadoso, de exquisita sensibilidad, cual la de un niño, sobre todo frente al dolor, que en su caso, del apostolado infantil, le conmovía toda su alma paternal y toda su alma de médico; tal era el amor y el respeto que sentía por la niñez enferma.

No es este el momento señores, ni el lugar propicio para reseñar su obra de médico y maestro, y muy en especial la de su abnegada, tesonera y fructífera obra que realizara en la Casa Cuna a través de cuarenta años. Primero como médico inspector; luego como jefe de Servicio y últimamente hasta hace tres años como director. Ahí queda su obra, y el recuerdo de la acción que desplegara ha de perdurar en el tiempo para ejemplo de nuevas generaciones.

El maestro Elizalde iluminaba constantemente inteligencias e inspiraba voluntades... y el maestro fué en todo momento un puro ejemplar de dignidad y de extremada delicadeza. Caballero a carta cabal... por eso fué señor y por eso se le admiró y se le respetó.

El designio Supremo lo aleja de nosotros cuando de él mucho podíamos esperar, porque mucho le necesitábamos...

Sus discípulos y, en especial el que habla, experimentamos en la hora de su muerte el legítimo orgullo de presentar la memoria de nuestro padre espiritual a los hombres del presente y del futuro como un acabado ejemplo de valor médico, de caballerosidad y de bondad cristiana.

Inevitable maestro: os rendimos el homenaje de nuestro dolor y cariño. Tu recuerdo vivirá en nosotros imperecederamente.

Que Dios premie vuestra obra en el Reino de los Justos.

Descanza en paz.